

XXIII

CANCIONES

I

ANA Y ANITA (1)

Adoro á Ana, pero amo á Anita; á Ana compuesta, á Anita de trapillo. ¡Ah Ana, Anita! ¡Anita, Ana!

Rimemos para Ana, rimemos para Anita; la una es mi musita, la otra es mi canción. ¡Ah Ana!, etc.

La mano de Ana, la pierna de Anita. ¡Qué mano tan bien hecha! ¡Qué escarpín tan chiquito! ¡Ah Ana!, etcétera.

Sueño en Ana, abrazo á Anita; la una es muy coqueta, la otra buena muchacha. ¡Ah Ana!, etc.

Alfombra para Ana, jardín para Anita, ¡mal haya la moqueta! ¡Viva el césped! ¡Ah Ana!, etc.

Ana va al baile, Anita va al bosque; yo espío y acecho la sombra y la maleza. ¡Ah Ana!, etc.

¡Celoso de Ana! ¡Celoso de Anita! La nevatilla hace condenar al ansarón. ¡Ah Ana!, etc.

(1) Por decirlo de algún modo: el título del original *Suzette et Suzon* tiene otro sabor, que no puede traducirse.

Si alguna vez Ana ríe como Anita, mando al diablo toda mi razón. ¡Ah Ana!, etc.

Si Ana sonriera como Anita, este simple amorcillo sería mi veneno. ¡Ah Ana!, etc.

Si hay que huir de Ana, ó dejar á Anita y que no meta en mi casa más que á una... ¡Ah Ana!, etc.

Dejo á Ana, me quedo con Anita; la una me vuelve bestia, la otra me vuelve bueno. ¡Ah Ana, Anita! ¡Anita, Ana!

II

ROSEMONDE

Una vez hallé un jardín, y en él ví á la señora Rosemonde; el aire estaba lleno de los más hermosos pájaros del mundo. ¡Qué sombra en los bosques!

Una vez érase una fuente y fui á beber en ella con Rosemonde; pasaban náyades y yo veía perlas en sus dedos á través de las ondas.

Una vez érase un beso que le quité temblando á Rosemonde.—Calla, mira, son dos, dijo una ninfa rubia.—No, dijo la otra, son tres.

Una vez érase una flor que salió del corazón de Rosemonde; es mi alma. Y yo me abraso y en la profunda noche oigo voces que cantan.

III

EL PÁJARO

El pájaro pasa por el espacio donde va á inflamarse el amor; si las rosas son cosas hechas expresamente para hechizar, el cielo está hecho para amar.

El pájaro vuela y consuela el desierto y la casa, y las llanuras y las encinas escuchan, cuando su canción va de un arbusto á otro.

Himno y llama es el alma del bosque, del prado, del estanque, de las almedillas, y de las muchachas que desde la aurora se oyen abrir la puerta cantando.

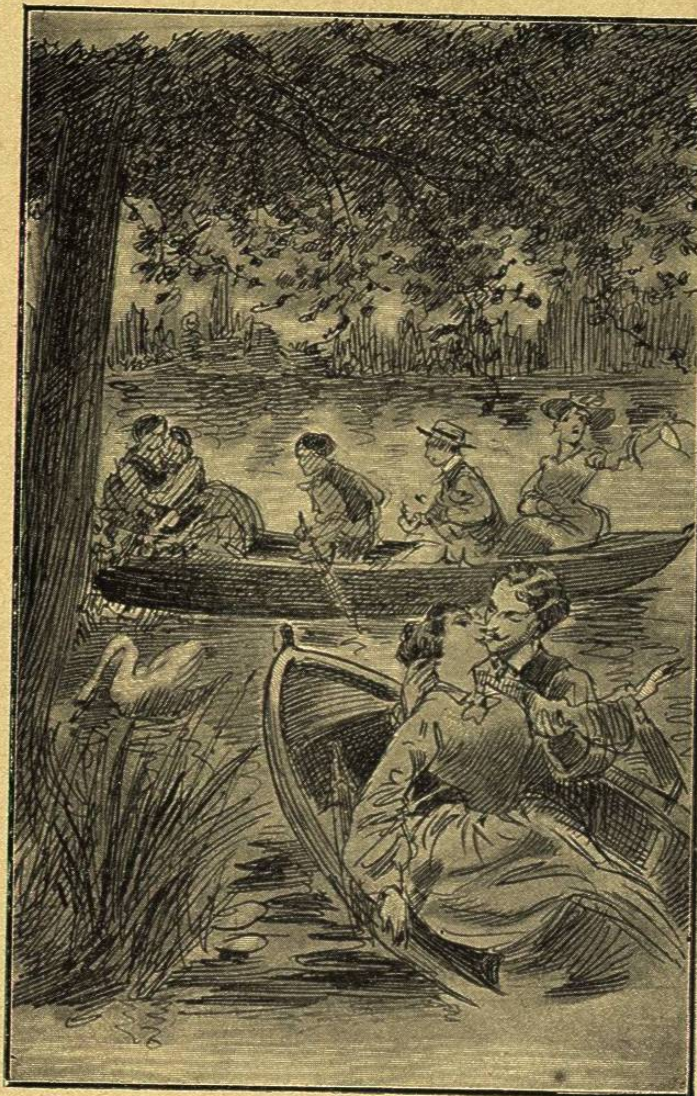
IV

EL TÓRERO

Yo tenía una sortija, una sortija de oro, y la perdí ayer en la ciudad. Soy panderista y torero; guitarra en Granada, espada en Sevilla.

Mi anillo luce más que el astro encarnado; el diablo tan sólo, escondido en el ojo de mi morena, podría producir una joya parecida si un día hiciera un agujero en la luna.

Si encontráis el anillo, donde quiera que sea, traédmelo. Me conocen por Gil. Ciertamente valgo



poco; no soy más que un sueldo; pero al lado de un ochavo soy un caballero.

No tengo más que mi cantar, como el gorrión. Devolvedme mi sortija y que Dios os lo pague. ¿Conocéis á Juana? Pues bien, ese anillo y su corazón son el único oro que tengo.

V

EN CANOA

Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores, y ¡vivan las mujeres bien hechas, el Sena y los grandes calores!

Me divierto y me paseo. ¡Amigos, tengamos licencia! Vertamos el dinero sobre la semana, y canciones sobre todos los días. Los bosques están llenos de margaritas, de grajos y de mirlos silbadores.—Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores.

¡Vacaciones sin tregua! ¿Es prudente fastidiarse seis días sobre siete? Victoria me espera en el pasaje con una flor en el corpiño. Por lo tanto, amigos, ¡Victoria y conquistas! ¡Los hombres alegres son mejores! —Las fauces, etc.

Después de media noche, el buen Dios no quita las alas á las mariposas; las rosas son tan hermosas el miércoles como el jueves, y los domingos y las fiestas no añaden nada á sus colores.—Las fauces, etc.

¡Oh sacerdote, en qué error caes! ¿Acaso se ve al-

gún día que Venus desenganche sus palomas del carro estupefacto de los amores? ¿Los nidos en sus retiros son menos tiernos y menos querelladores?—Las fauces, etc.

Papás y maridos, viejos buenos hombres, no me ocupo de vosotros; no vengáis; pues, donde nosotros estamos á turbar la fiesta de los ojos dulcés. No quiero saber dónde estáis más que para estar yo en otra parte.—Las fauces, etc.

Compañía, hay que alistarse en el regimiento de Venus, y que cada uno tenga una amante, y yo quiero besar tus piés desnudos. Ea, señoras, ¿estáis dispuestas? Los amores son los reclutadores.—Las fauces, etcétera.

Marta aparece en la ventanilla. Lisa me llama y me responde. Escoged: ¿el Sena ó el Marne? ¿Asnières ó Joinville-le-Pont? Partamos, la aurora está encima de nosotros, alegres bateleros, alegres titiriteros.—Las fauces, etc.

A veces, en imaginación, me marchó hacia el Océano revuelto, demasiado estrecho para mi canción salvaje, cantando su insensato refrán. Pero Lisa, á través de las tempestades, me hace signos burlones.—Las fauces, etc.

Marta y Lisa, amigos, son gentiles. Abracémoslas á todas horas. Robar un beso á las muchachas hermosas es tratarlas honradamente.—Las fauces del lobo son bestias, las fauces del lobo son flores.

VI

LA CANCIÓN DEL ESPECTRO

¿Quién sois, pues, la bella? ¿Cómo os llamáis? En nuestra casa había una virgen; sus ojos eran sus joyas. Yo soy la virgen,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Vais vestida de blanco, la bella; ¿cómo os llamáis? Guardando los grandes bueyes rojos, Claudio le puso los ojos tiernos. Yo soy la joven,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Lleváis flores, la bella; ¿cómo os llamáis? Los vientos y los corazones son locos; un beso los hace esposos. Yo soy la amante,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Habéis llorado, la bella; ¿cómo os llamáis? Ella tuvo un hijo, lloremos todos; Dios lo tomó sobre sus rodillas. Yo soy la madre,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Estáis pálida, la bella; ¿cómo os llamáis? Ella se escondió en los agujeros, siniestra, con los buhos. Yo soy la loca,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

Tenéis mucho frío, la bella; ¿cómo os llamáis? Los amores y los ojos dulces son los clavos de nuestros ataúdes. Yo soy la muerte,—dice ella.—Coged la rama de acebo.

VII

MARGOT (1)

Firmé con una gran rúbrica una esquela amorosa bien escrita; yo poseía toda la ortografía, Margot tenía todo el ingenio.

Su boca, en la que cierta ironía tenía el aire de decir atrevedos, era la California de las risas y de los besos.

Era probable que yo fuera un imbécil; y, sin embargo, la bella encontraba fácil adorarme cantando.

Hasta el día en que, por la moda, cambiando de amores y de tono, Margot encontrase cómodo pasar á ser Margotón (2).

Éramos algunos artistas, poetas, sabios (3), que lanzábamos al viento nuestros pensamientos tristes y nuestra juventud.

Éramos los capitanes de la charanga y de los cantos parisienses de Atenas, atenienses de Longchamps.

Yo era, entre aquellos doctos, el soñador que habla en argot, poniendo su corazón en las nubes y su alma en Margot.

Alegres bateleros de Nanterre, bogábamos por las

(1) Derivado familiar de Margarita, *Marguerite*.

(2) Diminutivo derivado de Margot.

(3) En francés es muy común llamar sabios á los que se dedican á las ciencias.

puras ondas; Margot miraba con sus jemelos á un notario, cuando yo contemplaba el azul.

Ella encontraba el agua demasiado fresca y prefería el Ambigú, y exclamaba: Cuando yo pesco, es con el acento agudo.

La suerte rasgó sus velos; ella huyó, yo me escapé; yo subí á las estrellas y ella á un cupé.

VIII

LA CANCIÓN DE MÁGLIA

Nada es como debería ser; el amo es más feo que el criado.

Odio tu jerga, Zemira; á pesar de su argot, admiro á Margot.

Con frecuencia los piés de una pobre muchacha que lleva zuecos, son hermosos.

Aquí la guerra áspera y negra; ruido, gloria, laureles triunfales, oro falso.

Aquí la bestia de carga es el hombre, y allí los héroes cerós.

Aquí lo necesario, agrio y flaco; allá lo superfluo mofletado.

En la iglesia y en la tabernilla que acecha, se presenta el diablo: sujeta

á Gertrudis por su grñón y su aire pacato, y á Ninón por el moño.

El destino, ese dios bestia y sin cabeza, hizo muy mal al animal.

Hizo el mundo de un barro inmundo y el mar de una hiel amarga.

Todo se sostiene por una cadena de odio; en las flores se ve llanto.

Aquí abajo, todo, hombre, mujer, vida, alma, está echado á perder por Ananké.

Así que, cuando el hombre acaba su sueño, ¡qué triste aborto ve!

Hombre, hermano mío, somos dos hombres, y llenos de venenos, dos enanos.

Tu secreto deseo concierda mi perdición, y mi negro anhelo te odia;

Pues este globo, en que tiémbla la mar, nos parece pequeño para nuestro apetito.

En su superficie nos falta sitio para nuestro nada gigante.

IX

CANCIÓN DE Á BORDO

Marino, la ola es una mujer. Teme la arena, teme

el agua, teme la roca. Bogas hacia Plutón. Las olas son bulldogs del negro carnicero.

La borrasca, pálida y desnuda, según dicen los viejos, arrastra un sudario entre las nubes. El sitio de los ojos está vacío bajo su gran cráneo lívido y lluvioso.

Desde que uno está en esa espuma, se siente dentro del tímpano como un ruido de yunque; la ola salta sobre el hombre, el viento se porta como un foragido.

El que sale con bien gana una quina. La mar es una tunante, dicen los viejos. La mar es una salvaje. La ola tiene siempre envidia á la costa.

Toda la tierra florida no sería más que una pradera y un césped, sin esa mar de tinieblas que hincha en el horizonte sus fúnebres pliegues.

¡Desgraciado del que leva áncora! Ella es la botella de tinta que encontró un día Satán, á quien embriaga la envidia, y que vació sobre el libro de Jehová,

X

EN LA SELVA

UN TRANSEUNTE, cantando

En el verde césped tanto vale la duquesa como la campesina; Jerusalén ofrece á Susana, pero la Courtille ofrece á Anita; Cupido nos da á Inesilla y las

perlas de su redecilla ó á Javotte con su gorro al estilo de Caux...

EL ECO

A elegir.

OTRO TRANSEUNTE

¡Qué dulce tirano es una mirada tierna! ¡Oh virgen, dame tu corazón! Ya lo he dicho, darse es tomar; tu prisionero es tu vencedor; siendo mujer, se llega á ser reina; si tu beso robara mi alma, ¿cuándo crees que escaparía?

EL ECO

Luego.

OTRO TRANSEUNTE

¡Te lo juro por la aurora, te lo juro por la noche, me casaré contigo! ¡Te adoro, ven! Tu pura mirada me seduce; el amor á tus piés no tiene ya alas; seré tu marido fiel, y toda la selva me oye...

EL ECO

Mentir.

25 mayo 1876.

XI

RONDA PARA LOS NIÑOS

Niñas, las flores están abiertas; bailad, comamos. Estoy deslumbrado por las rosas y por vuestras frentes.

